



San Josemaría Escrivá

Fundador del Opus Dei

Portada - Documentación - Relatos biográficos - La Santa Misa era el centro de su jornada

La Santa Misa era el centro de su jornada

Mons. Álvaro del Portillo

San Josemaría se refería a menudo a la Santa Misa como “centro y raíz de la vida interior”. Monseñor Álvaro del Portillo, primer sucesor del Fundador del Opus Dei, fue un testigo de excepción durante los casi cuarenta años que convivió con san Josemaría, de cómo realmente la Santa Misa era incluso el centro físico de su jornada.

La Santa Misa era incluso el centro físico de su jornada. La dividía en dos partes: hasta el mediodía vivía la presencia de Dios centrándola en la acción de gracias por la Misa celebrada y, tras el rezo del Angelus, comenzaba a prepararse para la Misa del día siguiente.

Muchas veces me confió que, desde su ordenación sacerdotal, se preparaba cada día para celebrar el Santo Sacrificio como si fuese la última vez: el pensamiento de que el Señor podía llamarle a Sí inmediatamente después, le animaba a volcar en la Misa toda la fe y el amor de que era capaz. Así, hasta llegar al 26 de junio de 1975, en que celebró su última Misa con extraordinario fervor. (...)

Sería muy largo describir cómo vivía el Padre cada parte de la Santa Misa. Sólo referiré dos detalles de los que me habló en muchas ocasiones. Al elevar el Pan Eucarístico y la Sangre de Nuestro Señor, repetía siempre algunas oraciones -no en voz alta, porque las rúbricas no lo permiten, sino con la mente y el corazón-, con una perseverancia heroica que duró decenas de años.

Concretamente, mientras tenía la Hostia consagrada entre las manos, decía: “Señor mío y Dios mío”, el acto de fe de Santo Tomás Apóstol. Después, inspirándose en una invocación evangélica, repetía lentamente: *Adauge nobis fidem, spem et charitatem*; pedía al Señor para toda la Obra la gracia de crecer en la fe, la esperanza y la caridad. Inmediatamente después, repetía una plegaria

dirigida al Amor Misericordioso, que había aprendido y meditado desde joven, pero que no utilizaba nunca en su predicación, y que durante muchos años sólo muy de tarde en tarde nos dijo que la recitaba: "Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, Vuestro Hijo muy amado, y me ofrezco a mí mismo en Él, por Él, y con Él, a todas sus intenciones, y en nombre de todas las criaturas". Después añadía la invocación: "Señor, danos la pureza y el *gaudium cum pace*, a mí y a todos", pensando, como es natural, en sus hijos del Opus Dei. Por último, mientras hacía la genuflexión, después de haber elevado la Hostia o el Cáliz, recitaba la primera estrofa del himno eucarístico *Adoro te devote, latens deitas*, y decía al Señor: ¡Bienvenido al altar!

Todo esto, repito, no lo hacía de vez en cuando, sino a diario, y nunca mecánicamente, sino con todo su amor y vibración interior. Lo sé porque nos lo contó, a don Javier Echevarría y a mí. Nos lo confió un día de 1970, en México, mientras hacía su oración en voz alta en el Santuario de Guadalupe, a donde había ido para hacer una novena a la Virgen, en compañía de otros hijos suyos.

Mons. Álvaro del Portillo, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei* realizada por César Cavalleri, Rialp, 1ª. Edición castellana, Madrid, 1993